

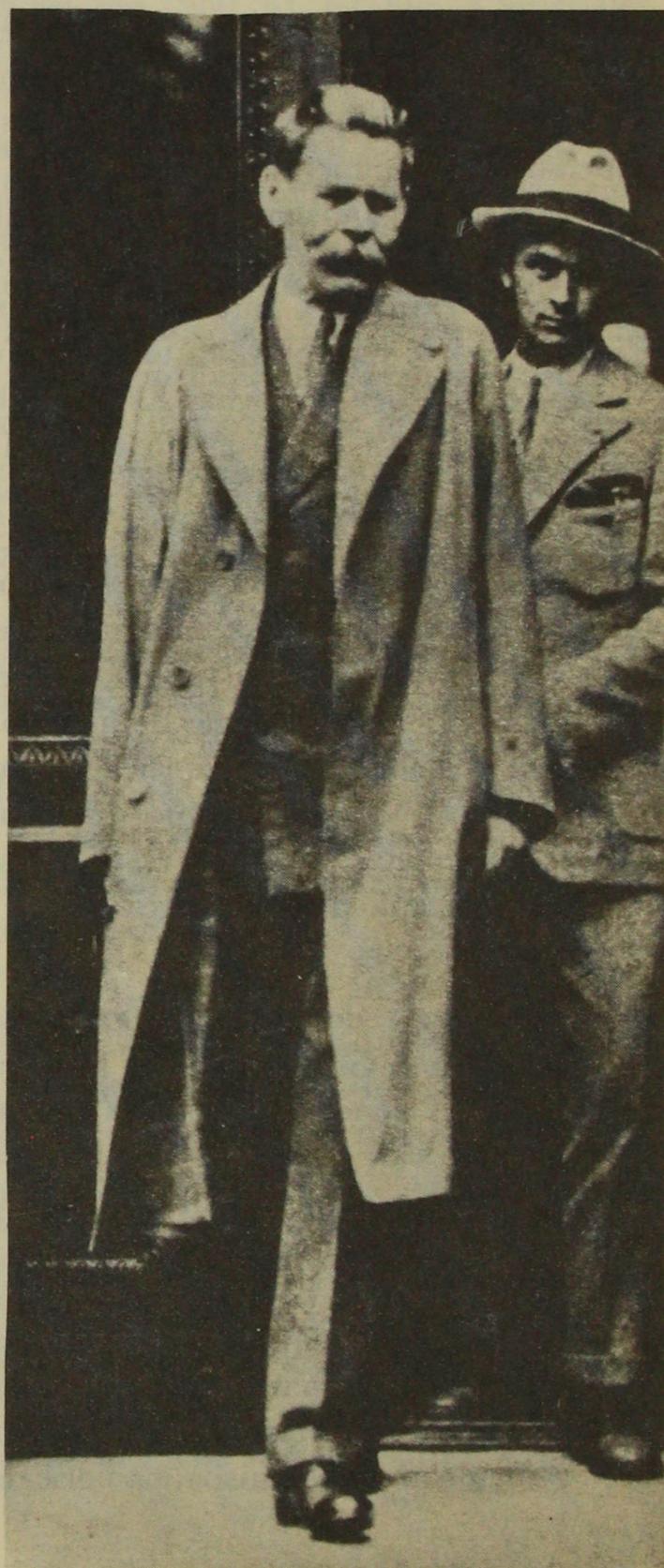
OCTUBRE Y LA LITERATURA

por GYORGY LUCKÁCS

1 La combinación de estos dos conceptos muy raramente suscita una imagen unitaria y concluyente. En efecto, la incontestable verdad —abstracta, sin embargo, respecto a la experiencia inmediata— es que hoy no puede existir un hombre cuyos fundamentos existenciales y cuyos modos de pensar no estén determinados de manera decisiva por Octubre y sus consecuencias. Tal verdad es difícil de concretar por un simple señalamiento a causa de su universalidad. Además, las leyendas surgidas en pro y contra crean oscuridad sobre los hechos, simples y extremadamente complejos, a la vez, de las grandes jornadas, así como los años revolucionarios, importantes y ricos en cambios por necesidad. Por tanto, y especialmente para quien no haya vivido aquellos tiempos no es, en efecto, fácil tener bien clara la relación, aún racionalmente admitida, con los asuntos de la vida de hoy.

Si ahora, yo que he sido contemporáneo —en los comienzos observador de lejos, más tarde militante, aunque modesto pero ciertamente activo— de este cambio del mundo, busco hoy reasumir en la memoria la esencia y las consecuencias, y de referir al presente el resultado así conseguido, como primer paso hacia tales concreciones, se me revela la figura de Lenin, el motor central, el cerebro guía, la personificación de la revolución. Y su figura cristaliza maravillosamente, de un lado en la unidad indivisible de su potente voluntad hacia aquello que es radicalmente nuevo, y del otro, en una madeja de contradicciones reales, de cuya interna conexión resulta contemporáneamente la monumentalidad humana de su obra, y la vastedad de los problemas que aquella época planteó para cada hombre.

Máximo Gorki ha descrito del modo más apropiado el efecto fascinante provocado por Lenin, que fue luego el atractivo de la Gran Revo-



lución, la razón por la cual estos dos momentos suscitaban en las más diversas personas un odio infinito o el amor más entusiasta. Según Gorki, Lenin sabía, como nadie antes de él, "impedir a la gente continuar en su habitual modo de vida". No debe olvidarse que todo esto sucedía en 1917, y que le sucedía a personas que vivían fuera de Rusia, en medio de una guerra mundial que había arruinado a todo el mundo burgués, junto con sus ideales: la imaginaria seguridad que precedió a 1914; una guerra que constreñía a cada uno a plantearse nuevamente hasta el problema de la sensatez e insensatez de la propia vida privada.

Esto que Gorki delineaba como la esencia de la actividad de Lenin, como radiación de sus acciones, era la esencia de la propia época, la pregunta que ésta hacía a cada individuo. En un aspecto más externo, tal pregunta parece referirse a la violencia o la no violencia; es decir, aprobar o negar su derecho universal a determinar en lo íntimo y en lo externo, la vida de los hombres. Para Lenin la respuesta positiva era obvia. El sabía y proclamaba como marxista coherente, que cuando la humanidad destruye sus viejas formas de vida, y se resuelve a construir formas sustancialmente nuevas, siempre debe entrar en acción la violencia como inevitable motor de la renovación. No es este el lugar para discutir el aspecto histórico-filosófico de tal alternativa. La misma realidad social ha dado la respuesta, anulando importantes voces contrarias, como aquella de Gandhi. Esta cuestión, sin embargo, para la mayor parte de quienes entonces vivíamos no era simplemente un problema históricamente objetivo. Para algunos de nosotros, cuya historia había llegado a esta encrucijada, la pregunta se hacía personal, íntima: ¿cuál posición asumir, mi propia existencia debe tener un sentido en relación con esta alternativa? También en esto Gorki ha revelado muy claramente tal contradicción, que resulta evidente en diversos fragmentos del coloquio con Lenin. El poeta se lamentaba de la crueldad de la vida cotidiana revolucionaria y según afirma el cronista, en la respuesta sorprendida y airada de Lenin, hay esta frase: "¿Con qué metro mide usted una riña, el número de golpes necesarios y el número de golpes superfluos?"

En otro coloquio del mismo período, Lenin habla de su amor por la *Appassionata* de Beethoven, que él, sin embargo, no gustaba de escuchar muy seguido. Y según la expresión de Gorki, "no muy alegremente", agregaba: "se tendrían que decir tonterías amables y acariciar la cabeza a hombres tales que, aún viviendo en un imperio repugnante, llegan a crear cosas tan bellas". En su lugar se debe, concluye, "golpear sin piedad, si bien nosotros, según nuestro ideal, y en relación con el hombre, estamos contra toda violencia".

Naturalmente, en este enredo de tendencias y contratendencias existe una norma segura de acción: el marxismo. Está de más decir lo importante que ha sido para Lenin su sabia doctrina. Durante la guerra, luego del estallido de la revolución, en los años del poder soviético, su aspiración fue constantemente ésta: exponer la doctrina en su verdadera estructura, limpia de todas las falsificaciones simplificadoras, y aplicarla según su verdadero sentido. No se lo está caricaturizando, pero se nota uno de sus aspectos, y no de los menos importantes, cuando se considera al *Estado y la Revolución* una descripción filosóficamente exacta de la aspiración de Marx sobre este conjunto de problemas en su continuidad histórica. Y en la práctica la república de los Soviets aparece de hecho, como la piedra sillar, realizada dentro de este sistema de ideas. El mismo Lenin, sin embargo, al momento de introducir la Nep, describía así la situación teórica en relación a los problemas del capitalismo de Estado en el socialismo: "A Marx no se le ocurrió la idea de escribir una sola palabra sobre esta cuestión y murió sin dejar ni una cita, ni una indicación. Debemos, por lo tanto, tratar de ayudarnos por nosotros mismos". Y de igual manera al comunismo de guerra, ya pasado y en vía de superación, no lo consideraba, en efecto, una realización de la teoría de Marx. El "nace forzosamente para la guerra y las ruinas. No era una política que correspondiese a las obligaciones económicas del proletariado y menos aún podía serlo. Se trataba de una disposición provisoria".

Esta actitud marxista, entonces —después de decenas de deformaciones y cristalizaciones oportunista-dogmáticas del marxis-

mo— apareció a muchos extremadamente paradójico. Y aparece paradójico también hoy, luego de decenas de deformaciones dogmáticas bajo Stalin. Y esta paradoja aumenta todavía más, si nos ponemos ante los ojos el problema fundamental de la Revolución Rusa. El marxista ortodoxo, Lenin, hizo exactamente lo contrario de cuanto decía la previsión teórica de Marx —justa en principio— según la cual la revolución proletaria estallaría y vencería primero en los países capitalistas más evolucionados que hubiesen ya liquidado los restos del atraso feudal. Rusia se encontraba en 1917 en una situación revolucionaria, es decir, como Lenin justamente vio, en relación tanto a los factores objetivos como aquellos subjetivos; la gran alternativa del capitalismo o socialismo no fue hecha por Lenin y su partido, fue un imperativo de la propia realidad social. Y Lenin siempre se dio cuenta hasta el final, del carácter alternativo de la historia. No existen, decía, situaciones sin salida; es decir, no existe una “necesidad” mecánicamente fatal del desarrollo. Este es el resultado de las actividades humanas, y ciertamente no sólo de los individuos, sino también de las clases y de las masas. Por esto, según Lenin, una situación revolucionaria nace sólo “cuando los ‘estratos inferiores’ *no quieren* más el orden viejo y los ‘estratos superiores’ no pueden vivir más a la *vieja manera*”.

La guerra mundial imperialista había creado en Rusia una situación revolucionaria tal, que para los marxistas rusos se trataba de reaccionar prácticamente ante la alternativa que se les presentaba.

Y así lo hicieron, el primero de todos Lenin con su apasionada iniciativa, de una manera que contradecía la previsión teórica de Marx. Así Lenin fue la cabeza de una revolución social que, según un marxista riguroso, era irregular. Pero la historia lo ha justificado; sabemos, en efecto, que en el curso de medio siglo se ha convertido en una determinación existencial para los hombres de todo el mundo. ¿Pero también en ese caso ha negado quizás Lenin la validez de la teoría de Marx? En absoluto. El siempre supo que la Revolución Rusa era un hecho decisivo en la historia del mundo, que necesitaba aprobar incondicionalmente; pero

al mismo tiempo sabía que, si bien esta gran iniciativa había actuado eficazmente como ejemplo sobre el plano internacional, ella no podía sino representar durante mucho tiempo el atraso económico que caracterizaba a Rusia en ese entonces, en contraposición a los países capitalistas altamente desarrollados. Lenin actuó entonces contra los presupuestos teóricos de Marx —y lo hizo bien— pero sin dudar un solo instante de su validez dentro del plano histórico universal. Por esto, en 1920, pudo escribir positivamente sobre el significado internacional de la Revolución Rusa: “Sería igualmente un error olvidar que después de la victoria de la revolución proletaria, aún si se tratara de la de un país desarrollado (...) Rusia, de inmediato, no seguirá siendo un modelo sino de nuevo un país atrasado (en el sentido del socialismo y del sistema soviético)”.

Estas reflexiones no quieren dar un cuadro completo y menos acercarse a tanto. Por esto intervenimos aquí, sugiriendo solamente como conclusión integradora que Lenin, notoriamente el teórico de una rígida disciplina de partido, igualmente en 1920 a propósito del modo de mantenerla y de controlarla, escribió que ella “se realiza (...) con la justeza de la dirección política; con la justeza de su estrategia y táctica política, a condición de que las grandes masas se convenzan de su justeza *por propia experiencia*”. De lo contrario, la disciplina de partido se cambia “inevitablemente en una ficción, en una frase, en una farsa”. La contradicción que cualquier lector siente es, en efecto, la unidad leninista entre disciplina de partido comunista y democracia proletaria realizada.

De igual modo, todo cuanto en los ejemplos precedentes ha aparecido superficialmente contradictorio no es otra cosa que un aspecto singular de este proceso grandiosamente complicado e inclusive grandiosamente unitario. Justamente porque esta unidad constituye el núcleo, la esencia de tal proceso, porque lo contradictorio de él expresa sólo su omnilateralidad, su omnicomprensibilidad, su condición intrínseca revolucionadora de todo, precisamente por este carácter de la Revolución de 1917, el carácter de su centro espiritual,

Lenin no podía dejar de actuar de un modo tan irresistiblemente fascinante. La crisis latente del viejo mundo, advertida como una corriente espiritual subterránea, entró como un huracán en la vida cotidiana de los hombres y los situó delante de una catarata de alternativas de las más diversas, mientras que el viejo mundo no estaba en grado de expresar sus propios problemas, balbuceaba o bien inventaba mitos como respuesta. Enfrente estaba esta unidad radiante y luminosa en la existencia y en los actos de un país: la Rusia revolucionaria. No es de maravillarse que cada oposición, en la cual estuviese viva también una sola chispa de autenticidad, no pudiese menos que mirar en aquella dirección. Walter Jens, de quien nadie puede sospechar de simpatías comunistas, escribió una vez: "Nadie puede poner en duda que el arte de los años veinte fue caracterizado, y no en poca medida, por las miradas dirigidas hacia la Unión Soviética".

2 ¿Y nuestro arte? El comienzo parece simple. El remolino de aquella cantidad de problemas que aquí se han apuntado, convierte a Maiacovski en el tribuno lírico del primer decenio revolucionario. Pero quizás el caso del poema *Los doce* de Blok, es aún más característico. En efecto, durante todo el curso de su vida, este gran poeta fue un extraño al mundo de las ideas de la Revolución. Lo que lo golpeaba, lo que dio a su poesía grandeza universal fue el *pathos* de la problemática humana que ella ahondaba, fue la visión de un mundo nuevo capaz de aclarar en preguntas y respuestas auténticas lo que era humanamente irresoluble para el viejo mundo. El hecho de que Blok dé expresión al camino y no al arribo, al ansia y no al cumplimiento, signa del modo más claro su originalidad, hace de su poema la expresión durable del estado de ánimo universal de aquellos días.

Naturalmente si hablamos de los efectos de octubre sobre la literatura, no es posible limitarnos simplemente a los días y las semanas de su inmediata evolución. Una literatura que quiera alcanzar y conservar una validez universal, debe dar imágenes válidas de todo el camino recorrido por la Revolución socialista, que se ha convertido en ídolo o espectro para millo-

nes de hombres. También aquí nos encontramos de frente a una situación doblemente contradictoria y también al final unitaria. Ya en el 1 Congreso de la Internacional Comunista, Lenin expresó el temor de que el desarrollo de la revolución pudiese ir a un ritmo tan rápido que la conciencia de los hombres fuese incapaz de seguirla. Este aviso, si hubiera permanecido sin oposición, habría podido también satisfacer a quienes consideran como único criterio de una vanguardia artística e intelectual la mera capacidad de adherirse a los cambios de los aspectos superficiales. Pero propiamente contra estas simplificaciones vanguardistas, Lenin se vuelve de nuevo hacia el marxismo, a su ser radicado tanto en los cambios como en la continuidad, al marxismo que ha alcanzado su significado histórico universal, su fuerza revolucionaria justamente porque "se ha apropiado y ha elaborado todo cuanto había de precioso en el desarrollo de más de dos mil años del pensamiento de la cultura humana".

De nuevo un planteamiento contradictorio, viejo y nuevo: tener en cuenta lo nuevo en su novedad sustancial, no quedarse atrás respecto a su concreción, de manera de no perder jamás de vista el otro lado del fenómeno que lo hace ser un momento esencial en la evolución de la humanidad.

Aquella gran época tuvo también una gran literatura (hablamos aquí exclusivamente de literatura, pero es imposible dejar de mencionar el cine de aquel período). Es verdad: el número de obras literarias importantes no es muy grande. Pero si las comparamos con la más grande de las revoluciones precedentes, con la Revolución Francesa, la diferencia es notable. En ésta no nació ninguna obra maestra literaria que por actualidad y universalidad sea posible comparar a canciones populares como la "Carmagnola"; sólo algunos decenios más tarde la grandeza humana de aquellos grandes años adquiere forma poética en Balzac y Stendhal. Por el contrario, el primer período de la Revolución Rusa se presenta —cito sólo los grandes ejemplos, no hago un catálogo— con *Egór Bulychiou* y con *Klim Sámgin*, de Gorki, con *El Don Apacible*, con *Poema pedagógico*, de Macarenko. Y estas vetas sobresalen sobre una cantidad de ópti-

mas obras que, no siempre a un gran nivel de creación, pero con honestidad humana y artística, a menudo describen aquel mundo de alternativas siempre agudas en el cual ninguno podía continuar viviendo su vida habitual y que alguna vez llevó a trágicas catástrofes, a cambios internos que hicieron posible vivir en condiciones cambiadas del todo, lo cual pudo ocurrir tanto en los ambientes intelectuales de la metrópoli como en pueblos perdidos, tanto en medio de los conflictos armados entre la revolución y la contrarrevolución, como en solitarios cuartos de estudio.

El Don apacible sobresale en esta serie de obras por su fuerte e irresistible fluidez. Es una epopeya de la lucha entre los campesinos del Don y el viejo mundo del zarismo, con su caída, con la lucha por la vida y la muerte entre lo viejo y lo nuevo. Muestra cómo las alternativas de Octubre son válidas para cada hombre y cómo aquella gran contradicción social penetró en la vida íntima y transformó en un campo de batalla el alma del individuo. Es una epopeya de profunda veracidad en las psicologías y en los destinos: los individuos personifican los problemas generales de clase y las decisiones de clase se convierten en destino de los individuos inflexibles. El pro y contra de muchos campesinos frente a la revolución proletaria alcanza una auténtica encarnación en la figura de Grigori Malechov, en cuya alma y cuyo destino se concentran todas aquellas tendencias, batallan en sus contradicciones por llegar al fin a la conclusión de que un cambio es inevitable. Lo viejo no regresará nunca más, pero lo nuevo no está listo aún, debe ser creado.

Más lejos de este vasto universalismo el joven Fadeev da forma en *El diecinueve* (*La derrota*, N. del T.) al destino de los activos soldados de la revolución, a los bolcheviques convencidos. Justamente porque tales personajes, a causa de la época stalinista aparecen en forma equívoca, algunas veces con razón —y Fadeev maduro ha contribuido no poco personalmente a que ello sucediese—, es necesario poner aquí en evidencia este raro logro. El joven Fadeev representa al comunista convencido, heroico, como resultado de su propio devenir, y describe el comportamiento positivo de la

lucha hasta el sacrificio personal. De tal manera que su heroísmo está profundamente ligado a la época, tiene raíces profundas en el proletariado y, al mismo tiempo, tiene un imborrable carácter personal. La manera con la cual él busca, de manera absolutamente consciente, una solución concreta para la buena causa y al mismo tiempo se comporta como héroe de ella, lo convierte en representante de la moral de aquel período heroico, un "tipo" de aquella época, que también se produjo fuera de Rusia. La literatura revolucionaria no ha sabido eternizar como figuras poéticas los varios Lewin de Mónaco y Otto Corvin de Budapest. Es el Levinson de Fadeev el que representa enteramente la época.

El cuadro de la época más imponente, más neto y más maduro, sigue siendo, sin embargo, el poema heroico de Macarenko sobre el nacimiento práctico espiritual de la educación al socialismo. El punto de partida está dado por la profunda desolación de la guerra civil: niños que la guerra ha transformado en vagabundos, y en la mayoría de los casos en delincuentes. Es imposible aludir aquí únicamente al método pedagógico de Macarenko; cuando más podríamos indicar algunos momentos de novedad humana. Macarenko describe el callejón sin salida de aquel individualismo anárquico que no pudo menos que nacer en el ánimo de jóvenes que estaban constreñidos a contar exclusivamente con su propia fuerza, para su supervivencia física; describe también cómo eso puede ser superado, cómo la consciente solidaridad con la colectividad en la cual cada uno debe vivir y concretamente actuar, y la colectividad que cada uno con las propias acciones contribuye a formar, producen una forma superior de personalidad. Y cómo esta unión entre la socialidad y el ser personal, que nace de modo extremadamente complicado y que funciona por conflictos, da a luz a la individualidad y a la libertad humana. En el mundo de Macarenko, el desarrollo humano de los niños adviene sólo a continuación de decisiones alternativas que con frecuencia terminan en una quiebra, con la catarsis de la autocrítica. Pero propiamente en esto, tal mundo se manifiesta como un mundo de auténtica y nueva libertad; la catarsis dirigida exclu-

sivamente al cambio íntimo, a la fundación espiritual de la acción futura, es a la vez una declaración de guerra, elevada en la práctica a la concepción del mundo, contra el arrepentimiento, contra el encadenamiento a los pasados pecados, contra las frustraciones psíquicas de todo tipo.

Estos ejemplos quieren ser sólo ejemplos.

Demuestran que la literatura auténtica generada por Octubre, y que toca al desmesurado enredo de problemas que había lanzado sobre la vida de los hombres, se esforzaba honestamente y con buen resultado a llevar a formas poéticamente válidas cada uno de los aspectos humanos en su totalidad. Y también, si no salió un cuadro de la época grandiosa y universal como en Dante o Shakespeare, en *La Comedia Humana* o en las grandes novelas de Tolstoi, también esta literatura constituye una respuesta al llamado hecho por Octubre y por sus consecuencias.

3 En los años treinta esta alta marea de valores universales en la literatura rusa, decrece. Naturalmente, de cuando en cuando —sobre todo en el difícil primer período de la Segunda Guerra Mundial— nacen también obras de nivel notable, pero el carácter fundamental de aquello que se ha dado en llamar realismo socialista en verdad representa, como en una oportunidad me ha tocado llamarlo, sólo un cierto "naturalismo del erario" adornado por romanticismo llamado revolucionario, y ha servido en general para tapar las discrepancias entre los deseos, las fijaciones, las relaciones oficiales, y la realidad, para dejar mano libre a las manipulaciones burocráticas.

Esta repentina caída, vista desde una cierta distancia histórica, es sin duda un fruto necesario de la época stalinista. Pero para comprender esta época es necesario volver a sus bases esenciales, a su praxis social y a su teoría; lo que a pesar de todo ha ocurrido raras veces. Naturalmente, se ha dado notable importancia a los grandes procesos y a las sucesivas deportaciones en masa a los campos de concentración. Todas éstas, sin embargo, eran manifestaciones extremas de un sistema, no del sistema mismo. Y, por tanto, ha sido posible liquidar en gran medida

aquellos excesos de la praxis, sin eliminar en verdad el sistema.

Ya hemos visto que Lenin no se hacía ilusiones sobre el carácter no clásico, en el sentido marxista, de la Revolución Rusa. El contaba, por tanto, que en Rusia, como lo muestra la política de la Nep, se producirían cambios sociales que superasen gradualmente este atraso o al menos moderaran las consecuencias. Pero en sus últimos años cuando la enfermedad le hacía difícil el trabajo, no logró proyectar un plano de reformas total. Y todavía su constante miedo de una burocratización del sistema soviético es una muestra de que él quería hacer esta reforma conservando la democracia proletaria. Sería inútil hoy ponerse a meditar cómo se hubieran hecho estas reformas, si Lenin hubiese sido capaz de realizarlas. Delante de sus sucesores —el testamento de Lenin muestra lo escéptico que estaba de todos, no sólo de Stalin— quedaba el problema de superar lo más rápidamente posible el atraso económico de Rusia. A este problema se agrega en los inicios de los años treinta, un motivo fuertemente acelerador: la ascensión del movimiento de Hitler, la perspectiva de una nueva guerra mundial, la necesidad para el joven estado soviético de estar en grado de defenderse del militarismo alemán, lo que presuponía naturalmente el desarrollo de la industria pesada. No es este el lugar para esbozar un análisis económico-social e histórico de este desarrollo. Nos interesa aquí, por el contrario, indicar cómo eran los métodos con los cuales Stalin efectuó la transformación de la economía soviética, cómo tal curso ideológico del país actuó en especial sobre la literatura.

Debido a que repetidamente me he pronunciado en público sobre estos métodos, puedo ser ahora relativamente breve. Primero que todo el contraste con Lenin se revela en esto: recién pasada la fase aguda de la guerra civil, Lenin buscó eliminar los métodos específicos y volver a los sistemas normales de gobierno. Por el contrario, Stalin, apenas la situación interna del partido se agudizó tan sólo un poco, y dentro de una situación social completamente tranquila, recurrió de nuevo a los métodos de la guerra civil y los transformó en base "normal" de administración y también en condiciones, completamen-

te consolidadas. De esta manera los males inevitables de la guerra civil, el dominio abrumador del poder central y la suspensión de toda autonomía y democracia, se convirtieron en forma permanente de vida.

Para llevar a efecto todo esto, en un país en donde el marxismo se había convertido en la filosofía dominante, Stalin aún manteniendo la terminología marxista-leninista debió derrumbar radicalmente los conceptos, sus conexiones, jerarquías, etc. Para Marx y Engels los principios del desarrollo social estaban fijados científicamente y teóricamente. Con su ayuda el Partido estaba en capacidad de fijar las grandes tendencias dominantes, permanentes, de una época, para así determinar después científicamente la estrategia del Partido Comunista y del Estado Socialista. Tal estrategia, permitía alcanzar las resoluciones tácticas justas en medio de los acontecimientos cotidianos, rápidamente cambiantes. La jerarquía principio-estrategia-táctica resulta evidente y natural en el paso del grado más elevado al grado más bajo de la vida, pasq que no puede recorrer la vía deductiva. Stalin derrumbó también esta jerarquía. Para él la piedra de toque era siempre el mecanismo táctico necesario del momento. Sobre esto venían contruidas "lógicamente" en cada caso una correspondiente seudoestrategia y un sistema de principios que luego, naturalmente, cambiaba a cada cambio de táctica.

Esta absorción en la táctica de los principios perspectiva-estrategia, sirve antes que todo a hacer absoluta cada definición o decisión nacida de esta manera.

La importantísima cuestión teórica y práctica del marxismo, de cómo debe ser juzgada una acción táctica eventualmente inevitable, sobre la base de los principios de la estrategia, viene de esta manera completamente puesta a un lado y con ella también cualquier autocrítica auténtica del movimiento revolucionario, que Marx consideraba su diferencia específica en contra del movimiento burgués. Marx dijo que las revoluciones proletarias "se critican constantemente a sí mismas", pero Lenin fue el primero y el último, como hemos visto, en su comunismo de guerra, en practicar

abiertamente este principio. Bajo Stalin existe sólo una forma de autocrítica, es decir, la autocrítica a menudo arrebatada por la presión de la organización (de algunos que se permitían manifestar dudas sobre las decisiones infalibles). De tal modo el método de Marx fue desfigurado y degradado, a método de brutales manipulaciones. Lo que representó —para decirlo francamente— una ruptura total con el método de Marx. *De facto*, tal ruptura la realizó Stalin también en la práctica. Lo hizo, sin embargo, con el aire de querer conservar el marxismo-leninismo ortodoxo.

Las aspiraciones de los clásicos conservaban su validez que más bien fue acrecentada, dogmatizada por la canonización oficial. Pero como método definitorio y adecuador regía el predominio de la táctica de la cual hemos hablado. Todo eso naturalmente no sucedió de un solo golpe. Primero Marx fue gradualmente empujado hacia atrás por Lenin (la edición crítica completa de las obras de Marx iniciadas por Rjazanov no fue ni continuada ni mucho menos llevada a su fin). Más tarde, sin embargo, Lenin comenzó también a retroceder ante Stalin. Naturalmente continuaba existiendo, era citado abundantemente, pero sólo hasta el punto en que sus afirmaciones parecieron conformar las indicaciones tácticas momentáneas de Stalin. Se veía así realizada una grave deformación del método de Marx y Lenin, mientras se conservaba la terminología de éstos, en donde las deformaciones metodológicas cambiaban también el contenido de todas las categorías y les daba en la mayoría de los casos un sentido fijo, abstracto, adaptado a las manipulaciones burocráticas.

Para la literatura, estas transformaciones del marxismo significaron la sumisión absoluta a las resoluciones del partido (es decir, Stalin).

"Escribir la verdad" aconsejó una vez Stalin a los escritores. Pero verdad significaba en la práctica acuerdo con las últimas resoluciones del Comité Central. Hemos ya señalado el hecho de que esta completa deformación metodológica no se verificó de un golpe sino gradualmente, así que en verdad sólo

de tanto, en tanto, sólo episódicamente, se dieron voces de oposición. Así, por ejemplo, la valerosa e inteligente ensayista Elena Usievic protestó contra la idea de que la verdad de cada escritor debiera ser escrita en las resoluciones del Partido. En otra oportunidad indicó la inferioridad humana de la poesía política oficial de los años treinta. Su llamado entonces a Maiacovski es un llamado —en realidad no pronunciado— a la riqueza humana y social de los años iniciales de la revolución, en contraposición a la esquemática degradación del hombre del tiempo de Stalin. También yo, aunque menos directamente, he tomado parte en esta tentativa de protesta. La praxis stalinista hizo que entre la teorización del partido y el contenido de ideas de la obra de arte se estableciera un sistema mecánico de coincidencia necesaria, una relación de determinación directa. Cuando yo, comentando la interpretación engeliana de Balzac y la crítica de Lenin a Tolstoi, hablaba de complicaciones, contradicciones entre la concepción consecuente del mundo de un escritor y el contenido de ideas de su obra, también esto era una protesta —inexpresada—. Naturalmente todas estas tentativas —que no fueron solas— fueron bruscamente rechazadas por la aplastante mayoría de la crítica stalinista.

4 La rendición de cuentas se inició en 1946, marcó el adiós a la doctrina de Stalin. También es necesario subrayar aquí, cómo el dominio de Stalin había tenido en fin de cuentas razones económico-sociales, también la lucha iniciada contra aquel método tuvo las suyas. Cualesquiera que fueran los medios usados, Stalin logró construir en la Unión Soviética una fuerte industria. La guerra y la postguerra son demostraciones prácticas irrefutables. Pero como consecuencia de este hecho, ha habido un cambio interno de la estratificación social. En la Unión Soviética existe una vasta y calificada clase obrera, al contrario de los años treinta, cuando los especialistas económicos y técnicos provenían en su mayor parte de la vieja burguesía y eran, a menudo, adversarios conscientes del sistema soviético; el desarrollo económico ha

creado ahora una vasta capa de especialistas de sello netamente soviético.

De la manera que se quieran valorar los métodos stalinistas, de los “comisarios políticos”, de los controles universales, sobre el entero andamiaje de la sociedad a través de la policía política, etc., en la época de la muerte de Stalin estos métodos ya estaban superados históricamente por el desarrollo social; se habían convertido en frenos del desarrollo económico, y se tuvieron que eliminar.

Esta es la verdadera base social que llevó Jruschov al escenario del xx Congreso y a la consiguiente política de reformas. Nuevamente no es el lugar para describir los altibajos de este movimiento. Sintetizando se puede, y se debe decir, sin embargo, que el propio Jruschov ha criticado y corregido a Stalin en gran parte a la manera stalinista, con métodos stalinistas y que también sucesivamente su actitud hacia Stalin tomó como modelo metodológico la crítica hecha a Trotski, durante el período de Stalin. No era y aún hoy no es el caso de hablar de una tentativa verdaderamente histórica, verdaderamente marxista, de crítica a la obra de Stalin. Por esto en el campo de los sostenedores de las reformas nace siempre un cierto nerviosismo cuando de alguna parte vienen subrayados algunos momentos positivos de la actividad de Stalin, se teme —y agregamos nosotros, no siempre sin razón— que se trate de sondajes para aproximarse a la praxis stalinista.

Sobre el plano ideológico, el aspecto más importante es la deformación stalinista de los métodos de Marx y Lenin y con ella la comprensión; el freno del desarrollo progresivo del marxismo perdura en nombre del “partidismo” (de nuevo en el sentido de Stalin y no de Lenin). No pudiendo aquí profundizar verdaderamente el argumento, no podemos dejar de notar que de este modo, de un lado se ha impedido con éxito un análisis auténticamente marxista de las transformaciones acontecidas en la economía mundial después de la muerte de los clásicos, y se ha impedido el descubrimiento de nuevos rasgos económicos, por otro lado ha sido posible la afluencia y la recepción acrítica de las “conquistas” occidentales del marxismo. En el lugar de la autocrítica y de una verdadera refor-

ma basada en sus principios, ha habido con frecuencia una verdadera alianza entre el burocratismo dogmático-conservador y ciertas novísimas palabras de procedencia occidental. Se piensa en la propuesta, no de reformar las bases irracionales, puramente burocráticas de la economía planificada, con un retorno a un marxismo purificado, no dogmático fundado sobre la realidad de los hechos, sino de superarla armando el burocratismo, inmutable y conservado, de máquinas cibernéticas, etc. Detrás de estas tendencias se esconde el deseo de unir las brutales manipulaciones del período stalinista a aquellas "delicadas" del capitalismo actual. Y mirando las cosas desde este punto de vista, es sólo coherente cuando se suceden casos en los cuales el persistente burocratismo stalinista da libre paso a cualquier vanguardismo, mientras mantiene una censura de buena rigurosidad stalinista en relación con el renacimiento del marxismo.

Naturalmente a la larga no es posible frenar de esta manera el desarrollo económico. Aparece siempre más evidente que no basta la simple destrucción del dominio absoluto de la policía política y la eliminación de los viejos stalinistas más responsables y más incorregibles, para poner en marcha una economía socialista que funcione a la altura de la época. Por esto, en varios lugares la fuerza imperativa de la realidad económica provoca verdaderos movimientos de reforma que —no importa por el momento sobre la base de cuál teoría— se esfuerzan en liberar las fuerzas reales de la renovación económica y que, si de verdad combatieran hasta el fondo, con el pasar del tiempo estarán también constreñidos a dar vida a una fundamentación teórica marxista.

Esta desconcertante cantidad de agudos problemas de existencia, determina también las tendencias actuales en la literatura. Por esto la crítica destructivamente adecuada en relación con el período stalinista es una cuestión tan vital para la literatura, como para la economía. Si de verdad se quiere superar el "naturalismo del erario" es necesario emprender un examen universal profundo, genuino, sobre el plano social y humano del período stalinista. Podemos fácilmente darnos cuenta de la inevitabilidad de una tal temática. Si un escritor quiere hablar de manera auténtica de los problemas del presente,

del hombre de hoy, no puede dejar de tomar posición, como escritor, acerca de lo que ha llegado a ser en la actualidad. Pero en efecto el período de su devenir, de su maduración es el período stalinista; los conflictos en los cuales los hombres de hoy viven, se han robustecido o han sido empujados a la controversia interior, al embrutecimiento, a la cristalización, etc., etc., son en efecto los problemas del período stalinista, en verdad no en un sentido abstractamente sociológico, sino propiamente como tendencias concretas de la época que actúan positiva o negativamente sobre la historia de cada individuo. Si no se dice despiadadamente la verdad sobre estas cuestiones, no es posible destruir el "naturalismo del erario". Sólo la praxis de los escritores honestos y de talento podrá decir, en el plano formal, cuáles caminos tomará la literatura. Sólo una cosa es necesario comprender, que aquí se trata de tomar posición sobre alternativas de vida y no simplemente de escoger entre formas expresivas eficaces. En sí es del todo posible con el monólogo interior, los diafragmas temporales, el culto del absurdo, escribir una apología del período stalinista, así como en los años treinta se hicieron obras que pusieron al servicio de la literatura por entonces oficial, la "nueva objetividad", el montaje y otras corrientes de moda. Indudablemente en algunas poesías aparecidas recientemente en los países socialistas hay cierta disposición hacia una nueva orientación auténtica, aunque también en la prosa, sobre todo en la novela. Hace algunos años revelé la importancia de Solzhenitsyn, porque él había enfrentado con coraje y talento el problema central de aquel período: cómo los hombres, en la lucha con la realidad cotidiana del stalinismo, —y los campos de concentración formaron parte, aún sin ser el único campo de batalla— sabían poner a prueba la sustancia de su humanidad y conservarla, cómo en esta lucha maduraron o fueron destruidos o corrompidos.

Por el lado de los burócratas, contra un juicio tal de la situación se objeta que no se necesita "agitar" en el pasado, que es necesario por el contrario, aplicarse a las cuestiones del presente. Pero primero que todo hay que decir que justamente aquí están los problemas del presente. Naturalmente, en una autobiografía oficial, escrita por la dirección de personal de cualquier

oficina, uno puede también manipular el propio pasado de modo que esté de acuerdo con la comprensión de la autoridad competente; sin embargo, en la realidad el hoy, de cada uno de nosotros, está determinado enormemente por la actitud que hemos asumido frente a los advenimientos del período de Stalin. No se puede describir el uno en modo auténtico y válido literariamente, sin describir el otro. ¿En qué cosa se hubieran convertido los dramas de Shakespeare si ellos no hubiesen “revuelto” en el pasado de la Guerra de las Dos Rosas? Solzhenitsyn y sus conmlitantes son precursores ejemplares (y quizás un día también realizadores) de la nueva corriente del realismo socialista.

En el juicio de las nuevas tendencias es necesario ser bastante cautos. También aquí por ahora podemos establecer solamente la cara negativa, las promesas que nacen hoy en día tienen aún menos en común con las corrientes literarias que dominan en Occidente. Esto demuestra que está naciendo de verdad algo esencialmente nuevo. Son los inicios de un arte nuevo, que surge para satisfacer nuevas necesidades populares: sus formas vienen orgánicamente recabadas del contenido de aquel reclamo social, al cual debe la propia existencia de fenómeno originalmente nuevo. Pero se podrá hablar a fondo de estos problemas estéticos sólo cuando este arte nuevo se haya desplegado en una cierta medida. Sólo después—*post festum*— estará claro si existen hilos que lo conecten con el primer período y cómo están hechos estos ligámenes. Por ahora podemos sólo tomar nota con alegría y esperanza de su existencia, y darle la bienvenida.

5 Crisis y búsqueda de una salida no se limitan hoy, en efecto, a la zona del socialismo. Asistimos frecuentemente en Occidente al derrumbe de falsas imágenes del mundo que habían sido incubadas por mucho tiempo como verdades absolutas. Hoy se dice con frecuencia que la guerra fría se está acercando al final, y en realidad lo que hay detrás es mucho más que un simple cambio táctico de política exterior. Para los Estados Unidos se ha derrumbado el sueño de la validez universal del “american way of life”; para Inglaterra el sueño del Commonwealth, como sustituto de la condición de potencia mun-

dial; para la República Federal Alemana el sueño del *roll back* como base para un renovado predominio militar en Europa, etc., etc. Si luego se agrega que en este período se han venido abajo todos los viejos imperios coloniales, que los “milagros económicos” tenidos como modos de ser permanentes de la economía, se han revelado como simples períodos de reconstrucción ya finalizados (para esta última cuestión me baso en las investigaciones de F. Janossy), si se reflexiona en fin que en la sociedad de consumo, aparentemente tan perfecta, resulta siempre más claro que es el hombre el que ha sido puesto en duda, nos damos cuenta que están presentes más que suficientemente, motivos económicos, sociales y políticos para una crisis ideológica general.

También conviene hablar sobre todo de la literatura. W. Jens —que ya hemos llamado a testimoniar acerca de los efectos de la Revolución de Octubre— a propósito de la desilusión de los intelectuales alemanes (y no sólo alemanes) provocada por el advenimiento de los años treinta, dice: “Los intelectuales se convirtieron de una vez por todas en apátridas”. Que esta condición de apátrida en el período de las ilusiones capitalista-imperialistas, no obstante todo el escepticismo y pesimismo ostentado, se haya demostrado en sustancia sólo como autocomplacencia, importa poco ahora. Los ideales vacíos de 1945, las utopías reaccionarias del período de la guerra fría, están en vía de descomposición. Quisiera apuntar aquí sólo un síntoma, en verdad importante, de esta crisis. Por decenios enteros, entre los intelectuales progresistas de Occidente ha estado de moda despreciar profundamente el marxismo como una ideología, puesta a un lado por otros aspectos, que ha sobrevivido demasiado al siglo XIX. Sin embargo, ahora, la crisis ideológica empuja a un número siempre mayor de intelectuales a ver en el marxismo la llave para resolver aquellos problemas a los cuales ni siquiera el pensamiento burgués “más o menos progresista” es capaz de darle una respuesta.

Se entiende de por sí, que este hecho puede no cambiar poco a poco también la actitud en cuanto a la perspectiva socialista. Justamente aquí, el desarrollo concreto de los países socialistas

se liga estrechamente a la fuerza de atracción de la perspectiva socialista en cuanto a los intelectuales del Occidente capitalista. El atractivo de Octubre y de sus inmediatas consecuencias consistía en el hecho de que resultaba evidente todo un nudo de respuestas, que, por razones sociales, estos intelectuales no alcanzaban a esclarecer con sus propios instrumentos de pensamiento y menos en la forma de preguntas. La angustia dogmática, la rigidez, el carácter burdamente vulgarizador de aquello que en el período stalinista se usaba de llamar marxismo, no podría por su naturaleza ni ejercer tal influencia, ni detener la orientación antimarxista del pensamiento occidental. Para el interés naciente, para la naciente simpatía hacia el marxismo que comienza a manifestarse ahora en Occidente, es por tanto de importancia determinante el modo cómo los comunistas participarán en el renacimiento del marxismo. Por ahora la situación es extremadamente confusa. En un extremo están las tradiciones del período stalinista todavía fuertemente radicadas, por el otro extremo se encuentra la inclinación de ir en contra —inclusive demasiado— de los prejuicios, y las confusiones de todos los participantes en la discusión, hasta abandonar los principios fundamentales del marxismo. En última instancia resulta determinante algo que obviamente no se realizará jamás del todo, sin un auténtico renacimiento del marxismo, la vehemencia de la vida misma del socialismo será quien dará la respuesta. Por cuanto en el interior del mundo socialista la reforma de la economía es muy importante, el simple aumento de la producción y del nivel de vida no será jamás capaz de tener una fuerza de atracción para Occidente (y esta era una de las ilusiones de Jruschov). Este proceso, pues, que suscita la mayor esperanza aparece hoy todavía en un nivel extremadamente confuso; como marxistas todavía podemos esperar como perspectiva, con buena conciencia teórica, el esclarecimiento necesario del pensamiento sobre la base de la reforma de la vida social y de la economía del mundo socialista.

Por estas razones, el conjunto de los problemas sociales y humanos de Octubre no pueden hoy tener influencia, extensiva ni intensiva sobre la literatura occidental. Como siempre, son los

problemas de la vida presente los que deciden qué pueden entender los escritores y lectores, como un pasado vivo y ejemplar. Y la literatura occidental, por añadidura, todavía no ha llegado a conocer ni siquiera su propio pasado reciente. Tal discrepancia resulta evidente del hecho que aún hoy los documentos humanos inmediatos de la Resistencia antifascista —recordemos sólo las últimas cartas de los condenados a muerte, los esbozos de la cárcel de Fucik— son de un nivel que la literatura occidental ha alcanzado sólo en raras y excepcionales oportunidades. Naturalmente nos movemos y con validez, en esta dirección, así en algunos relatos de Vercors, o en *Billar a las nueve y media*, de Böll, o *El Vicario*, de Hochhuth, o en los últimos dramas de Peter Weis. Pero sólo el *Gran Viaje*, de Jorge Semprún se eleva casi hasta alcanzar el nivel del verdadero modelo de vida.

En esta situación se refleja la aversión de Occidente a sacar las cuentas con el pasado fascista. El hecho de que la opinión pública de la Bundesrepublik intenta reducir el problema del hitlerismo a la persecución contra los hebreos, revela del modo más evidente este rechazo. Los empréstitos de guerra a Israel crean una confortabilísima “catarsis” hacia el interior, dándole la posibilidad a los ex nazis de hacer de dirigentes políticos, permitiendo por otra parte una sórdida competencia ideológica —encubierta naturalmente de reservas verbales— con los herederos de la extrema derecha de la reacción alemana. Pero también en otros países no se ha llegado a una definitiva rendición de cuentas con el hecho de que sólo su tolerancia permitió a Hitler subir tan alto hasta convertirse en una amenaza para la civilización humana. Una vez más, si quisiéramos profundizar las cuestiones conexas sobrepasaríamos los límites de estas reflexiones. Sugerimos sólo esto, que depende del presente si la proyección de Octubre no puede actuar como pasado vivo de la humanidad.

Un presente así está aún lejos. No es necesario, sin embargo, despreciar el material explosivo que existe y que se ha acumulado, latente o eruptivo en revueltas individuales, solitarias, personales. Naturalmente no hablamos aquí de aquel conformismo anticonformista que hace sublime el elemental descontento del hombre,

en una desesperación autocomplaciente, íntimamente pasiva, y que provee la propia alienación como consumo de lujo para clientes exclusivos. Lo contrario ha sucedido siempre, así el tardío O'Neill, las últimas obras de Thomas Wolfe, o *Mentira y sortilegio*, de Elsa Morante, o Styron, o muchos otros. Estas revueltas tienen una gran importancia social y artística porque en ellas, aún configuradas como acciones individuales de hombres singulares, está siempre implícitamente presente el *en-sí* de su propia sociabilidad. Sería una tarea importante y hermosa para el marxismo que crece, transformar este *en-sí* por un *por-nosotros*, claro, universalmente válido y eficazmente unido. De este modo estaría allanado el camino evolutivo para elevar este *en-sí* de la revuelta contra la alienación del mundo manipulado a su ser *para-sí*.

Las formas de la alienación humana en Occidente, están dadas de tal manera que justamente en la literatura y el arte podrían dar notables impulsos a la voluntad de los hombres para romper este cerco mágico. La complacencia consigo mismo, sobre la propia situación, sobre la propia posibilidad implica la autoconsciencia del hombre en sí mismo, pero precisamente como ser simultáneo autónomamente activo y no eliminable socialmente. Objetivamente el hombre no ha sido "lanzado" en un mundo alienado, pero vive en un mundo, por hostil que sea, cuyo ser no puede jamás estar separado del ser de su personal interioridad.

Así el hombre, en cierto sentido, tiene también una parte de culpa de su alienación, por la cual, también el rechazo de su mundo circundante, incluye siempre una autocrítica orientada prácticamente, es decir, una crítica de la realidad social objetiva. Por esto el rechazo de la alienación que permanece simplemente subjetivo, simplemente sentimental, resbala tan a menudo en una adaptación a ella, rechazo lleno de reservas sólo formales, porque la alienación huye a una dialéctica real de sujeto y objeto. Sólo una dialéctica, convertida, conscientemente práctica, de dobles negaciones enlazadas una en la otra, da a la sustancia humana la capacidad de resistir, la empuja del simple e inmediato *en-sí* al reconocimiento autónomo del *para-sí*.

Este tipo de problema nace de las específicas determinaciones del ser social de hoy. Su enlace directo con aquel nudo de preguntas y respuestas que Octubre ha lanzado en el mundo ha sido apreciado extremadamente lejano y confuso. Pero todavía es un enlace que existe en la realidad. Y si el renacimiento del marxismo guía a los creadores del arte y a los lectores, a una conciencia y autoconsciencia, ese renacimiento objetivamente echará un puente entre Octubre y la mejor literatura de hoy y mañana.

(Traducción: Vilma Vargar. Este artículo de Lukács apareció en *Il Contemporaneo*, de *Rinascita*, número 42, del 27 de octubre de 1967. Simultáneamente se publicó en la revista de cultura checoslovaca *Plamen*)